

Pedro
Casals

LAS AMAPOLAS



Reflejo de una sociedad posindustrial, el abogado Lic Salinas —protagonista de las novelas de Pedro Casals— es una figura inclasificable y absolutamente original de nuestra narrativa.

Mosén Mora, un cura que ha conocido los entresijos del cultivo de opio en Tailandia, vive en el campo cerca de Barcelona. Los barones del narcotráfico intentan conseguir a toda costa que se encargue de llevar a buen puerto la inquietante irrupción de plantaciones de amapolas en Colombia. Pero el mosén tiene sus propios planes y no vacila en desatar una sutil intriga.

Lic Salinas, casi a contrapelo, desentrañará los enigmas mortales que mosén Mora va dejando a su paso...

Las amapolas rastrea en profundidad los nuevos telones de fondo de la droga, los caudales y el poder que genera, y constituye la obra más impactante de este destacado narrador.

Esta novela es pura ficción. Los parecidos que pudieran presumirse con las caprichosas, a veces exageradas, realidades son cosas del azar sin el que ni se puede ni quiero vivir.

*Leemos mal el mundo, y luego decimos que
nos engaña.*

RABINDRANATH TAGORE

Parecía un soldado de caballería en su moto de zumbidos de avión, radios brillantes. Iba tieso, como si escoltase a un príncipe, y no tardó en llegar a una casa colmena.

El piso tenía pinta de laboratorio. Encontró «el chisme» sobre la mesa: un dispositivo que cabía en un dedal.

Se quitó el casco y los guantes. Era enjuto, de barba pulida y piel oscura. Desenvolvió sin prisa el ingenio y se dispuso a ensayar lo que debía hacer más tarde en un Madrid distinto. «Qué maravilla, no pesa nada. Cuidado, cuidado, que si me estalla en las manos...».

Dejó a un lado las gafas oscuras. «Para ver si funciona — desmontó el teléfono y encajó el artefacto en su interior—, muy bien, uno a cero. Vale la pena asegurarse antes de entrar a matar, que sobre el terreno te tiemblan los dedos y no se puede uno andar con inventos».

Se ensimismó con el artefacto, lo desconectó y se lo guardó en el bolsillo. «Es increíble que este aparatito valga para pinchar un teléfono, y sea también una bomba..., ¡menuda bomba!».

En una bolsita de lona le habían dejado las llaves, la nota con la dirección y el croquis de dónde conectarlo, «en la plaza Mayor, en el teléfono de un tal Salinas..., abogado Licinio Salinas... Licinio, vaya nombre para morir de un bombarzo en cuanto apriete el botón...».

Acarició con morosidad el mando a distancia.

Olía a incienso. La pieza era pequeña, de poca luz. Grandes fotos de campos de amapolas abrían ventanas al muro.

Mosén Mora prendió la lámpara de aceite, y los tostados se encendieron de parpadeos. Levantó la tapa de un arcón y extrajo tubos de caña, boquillas, la esfera leñosa y hueca con un pequeño orificio.

Se puso a montar su pipa con el aire del alquimista que ensambla tubos de cristal. Acabó por coger una bolita pastosa, «apenas se nota que lleva aroma de crema de afeitar para confundir a los perros. Este opio es de mucha calidad, mucha... La pimienta sirve también, pero luego pica».

Recostado en unos cojines engastó la bolita en el orificio. Luego, dejó que la llama la acariciase. Aspiró.

«El opio es una estación —decía Jean Cocteau—. El fumador no sufre ya los cambios de tiempo... Sólo sufre los cambios de drogas, de dosis, de horas».

La ensoñación del humo le trajo a la mente uno de sus viajes al Triángulo de Oro «para hacerme cargo de la misión». Cerró los ojos y se vio tumbado en una estera ante el mandamás de la tribu, cerca de Kengtung, al norte de Tailandia. «El hombre preparaba la mezcla en un mortero, la lámpara alumbraba entre nosotros dos. Se fumaba una bolita con la cabeza apoyada en una frazada, me daba otra a mí...».

Más tarde aparecieron las serpientes, «las más peligrosas, las pequeñas del color del ramaje que se acercan por el agua. Ésas no huyen, atacan. Aquella pobre chica con una mordedura como la uña, y el brazo como una morcilla desde la muñeca. Y el remedio de la tribu: dejarla tres días

en una choza. Si se cura, muy bien; si no... Señor, cuántas cosas buenas llevé a los que me siguieron. Cosas para la salud de su cuerpo y también del alma».

Jesús Mora abarcó con la imaginación los campos de amapolas, «no todas las tribus del Triángulo podían dedicarse al opio, sólo las que tenían fajas de tierra buena en las colinas. Las otras tenían que conformarse con cultivos para comer, echar muchas horas en artesanías que vendían por nada».

«Aquellos ladridos de perro negro cuando nos acercábamos a los poblados. —Se llevó los dedos a la cabeza—: Los tengo aquí metidos. Puercos, gallinas correteando. Las cajitas del tamaño de una nuez y aquella especie de manteca del demonio con que embadurnaban cualquier cosa que comían; y a toser, escupir sangre. A escupir sangre desde tan jóvenes junto a la lumbre de las chozas sin chimenea en que el humo escapaba por techo y paredes».

Introdujo la segunda bolita en el orificio de la esfera, acercó la llama hasta que empezó a lamerla. Aspiró el humo de nuevo, «uno de los mayores placeres de este mundo debe de ser llegar a perdonar grandes culpas en la penumbra de la capilla después de fumarte una de estas pipas. Pecados nunca vistos aún, charcas cenagosas en las que te enfrentas al poder del Maligno como si jugases una formidable partida de ajedrez. ¡Ah!, placer imposible; el olor del opio se notaría y... Algunos sacerdotes con muchos años de confesonario inhalaban polvo de rapé mientras escuchaban a sus penitentes, qué bien los comprendo. Los jesuitas también suelen ser expertos en el sacramento, a punto estuve de entrar en la Compañía. Mi padre pensaba meterme en uno de esos hogares en que estudian el bachillerato los que luego van a continuar con la vocación, pero se dio cuenta de que los trataban como alumnos de segunda; no pagaban, y... No hace tantos años los rebajaban incluso a criados del colegio. El buen hombre prefirió dejarme en casa, en Teruel. Más tarde, cuando el Señor quiso llamarme,

pensé muy en serio seguir los pasos de san Ignacio pero hubo un chispazo que me llevó por otro camino. A veces las pequeñas cosas acaban por germinar en nosotros como el grano de mostaza. En aquel tiempo consultaba con frecuencia el diccionario; un día buscando *jesuíta* di con la acepción *hipócrita, taimado*. Enseguida quise saber qué decía de *mosén*, y leí complacido: *título que se da a los clérigos en la antigua corona de Aragón*. Me hice mosén».

Mora percibió el ruido de los pensamientos, se dio cuenta de que comenzaba a navegar otra vez hacia esa catarata en la que solía despeñarse. Era una reacción en cadena que comenzaba con la imagen de su hermana, y por sobre el rostro «de la que me hizo de madre» aparecía el de su sobrina. Y...

Se preparó la tercera pipa. Cerró los ojos, aspiró el humo y se evadió a campos en flor, a vastos llanos de amapolas.

La imaginación le llevó río abajo en una lancha husiforme. El muchacho que la gobernaba iba sorteando como podía los toboganes de unos rápidos, y el agua de chocolate les salpicaba en frente y labios. Olía a charca.

En la ribera, jungla y jungla empapada. De vez en cuando, chozas de tribu de bambú; más abajo, grutas y aguas calientes de azufre.

«A mi lado, con los ojos en el suelo, iba aquel maestro hipocritón de nariz chata. Pobre hombre, le pasó lo que le pasó por no creerse que los pecados se pagan con el mismísimo infierno. Paramos en un varadero de fango y unos hombres armados con pinta de guerrilleros sin bandera nos pidieron los pasaportes. De repente apareció Paco Aguado, el hijo de aquella beatuca que se confesaba como si quisiera que saliesen cosas en la colada. Llevaba una cartera rígida y voluminosa; se sentó en el banco de popa y ordenó que nos devolvieran los papeles».

Las aguas del río se fueron quietando, los fulgores de la tarde se hacían añicos contra la superficie de tierra líquida

da. La jungla se levantaba con geografías de copas. La claridad parecía hecha de lunas diurnas.

«Navegamos varias horas. Por fin nos detuvimos en el embarcadero de una mole de muchos mármoles y dorados. El hotel».

Paco Aguado se despidió del hombrecillo de nariz llana y le tendió la cartera, «es una lástima que no quiera seguir con nosotros, pero esto le retirará... ¡Seguro!».

«Nos deslizamos por el río hasta llegar a unas chozas que olían a carbón de puerco negro. Allí pasamos la noche».

A la mañana siguiente encontraron muerto al pasajero que desembarcó en el hotel. Al abrir la cartera, había aparecido un amasijo de cobras en lugar de dinero.

«No murió por querer marcharse, o no sólo por eso. Se encontró con un infierno de serpientes por ser un Judas. Quiso venderles a otros lo que sabía y eso... ¡Señor!».

El mosén notó un escalofrío en la espina dorsal, e hizo como si se dispusiera a inhalar el humo de pipa con fines terapéuticos.

Atardecía en Madrid, chispeaba. El cielo iba desplomándose, las luces quedaban prendidas de puntos de humedad; lunas de naranja china, ojos cinabrio, serpentinas y estelas de ocre.

El abogado Licinio Salinas andaba en «mi casa cuartel» de la plaza Mayor. El piso de ancho entarimado y gruesas paredes estaba partido en dos; los cuartos delanteros habían pasado a ser gabinete, recepción con sillones de cuero para las esperas y artillería e intendencia de su secretaria, dueña y señora de la casa; los de atrás, salón ocupado por una exagerada mesa de billar y al fondo lo que llamaba «el antiatómico» por las capas de todos los aislantes con que había mandado envolver sus sueños. Era hombre de ángulos en el cuerpo; nariz entre recta y aquilina, mentón pronunciado, buena nuez, omóplatos en pico. Estaba tomando café con el comisario Rebollo en su guarida de paredes atestadas de libros; el sabueso se había sentado en un sillón de orejas, Lic Salinas tras la mesa de alas con los pies apoyados en un baúl cubierto de piel verde y gastada en que había álbumes de fotos, cajas vacías de cigarros, velas por si las moscas.

Hablaban de un cliente al que Lic Salinas llamaba «el mosén».

—Vaya tío más raro ese Mora —dijo el policía torciendo la boca.

Calvo como un cebollón, Rebollo tenía la dentadura mellada, renegrada; en los ojos, zumba y también noche.

—Me ha hecho pasar por cosas...

Lic se interrumpió para encender un cigarro. Prendió una maderita con el zippo y se recreó en la suerte.

—Mándalo al cuerno, y a otra cosa.

—Son muchos años. —Se pasó la mano por el remolino de la coronilla—. Cuando empezaba a hacer escapadas del convento, le ayudé a meterse en las cosas de nosotros los mortales.

—Ya. —El sabueso dio un buen trago de coñac y exclamó—: ¡Ahhh!, qué bueno está tu Remigio —así llamaba al Remy Martin de Lic—, sólo por eso merece la pena pasar por esta bombonera. Anda, hombre, échame otro dedito; no me seas tacaño que te llueven los duros.

—Los duros impuestos, querrás decir.

—A otro perro con ese hueso.

—Bueno. —El abogado echó ahora el cuerpo hacia adelante—. El mosén y yo jugábamos a un juego que nos habíamos inventado. Le presentaba amigas mías. Si la cosa cuajaba con alguna, entonces él tenía que darme a cambio una nueva administración del patrimonio del obispado. Le abría una puerta, él me abría otra.

Se echó a reír con ganas.

Rebollo puso cara de «menudo pájaro estás tú hecho».

—Eso en mi pueblo tiene un nombre bastante feo, Salinas.

—Te falta espíritu deportivo para comprenderlo. —La risa se le escapaba ahora por los ojos muy oscuros de blanco muy blanco, por los brillos que le latían—: Una de las que salieron con él me dijo que el mosén no sabía disfrutar la vida, que la volvía loca dándole vueltas y más vueltas a todo. Antes de decidirse a actuar trataba de recordar citas que viniesen a cuento, y las soltaba. Imagínate al pelmazo del mosén yendo de este palo, y encima intentando ligar como si necesitase pedir antes permiso a los libros. La chica le llamaba «el de los sermones», la cosa duró poco.

Rebollo adelantó la quijada, frunció el entrecejo y metió un pullazo:

—Tampoco duró lo tuyo con Ana, al cabo de unos meses la pobre salió a escape de esta casa. ¡Qué lástima! —

Como si lo dijese para sí mismo—: Y todo por culpa de esa golfa del Ayuntamiento, ¡menuda andoba!

—Ana prefiere vivir en su pub, o en su nuevo local de Barcelona —afirmó Lic con aire que parecía resignado—. Se ha montado la vida en los Golden, y no es mala idea, qué va.

—Nanay. Lo que pasa es que la chica te quiere en exclusiva, y no te das por enterado. Que si picotear con la golfa esa del Ayuntamiento, que si una copa con ésta, con aquélla...

Lic hizo tamborilear los dedos sobre la piel de la mesa.

—La del Ayuntamiento, Paloma, ha sido mi socia en el traspaso de un caserón que no sólo he usado a mis anchas durante más de un año sino que encima me ha dado un buen pellizco. Y la señora ha resultado de una seriedad con el dinero que no es corriente. A la hora de repartir es cuando la gente se quita la careta.

—¡So!, para el carro. Que la jai esté superior es una cosa, y otra muy distinta que sea una golfa como la copa de un pino. Allá tú, Salinas, con los buenos pellizcos que puedas sacar cumpliendo con las leyes, pero encima no me vendas la moto de la seriedad de tu socia.

—Socia que me da buenas alegrías.

—¿De cuántos ceros son tus alegrías?

—La última me ha permitido prescindir de uno de mis clientes incordiantes. Qué gozada: fulanito de tal, búsquese otro letrado que ya no tengo edad para aguantar plomos como usted.

Con mueca de fastidio:

—¿Y aguantas al muermo de los sermones? No hay quien te entienda, Salinas. A veces creo que no te entiendo ni yo.

—Volvamos al mosén. Hay que decir en su favor que por lo menos escucha. Aún recuerdo, al principio, cuando le hablaba de lo bueno que debe de ser vivir en una casa con tu pozo, tus módulos solares, tu parabólica y la bande-

ra pirata. —Blandió el dedo—. En cuanto comenzó a ganar dinero a espuertas, se compró una finca y le faltó tiempo para montarse allí la casa autosuficiente.

—¿Con bandera negra?

—Le falta ese detalle... Otra cosa, le hablé del chollo de traerte una tailandesa, y el mosén quiso mandarme a Bangkok para que le trajese una experta en masajes con un certificado de sanidad a prueba de bomba que no entendiese palabra de otra lengua que la thai.

—Claro, p'á que nadie se la birlase aquí. Oye, ¿y por qué no una esclava?

—Porque no creo que sepan dar masaje body-body.

—¿Le trajiste la tailandesa?

—No hizo falta, al poco tiempo el mosén comenzó a hacer viajes a Tailandia. —Lic se quitó las gafas de carey y las dejó sobre la mesa—. Pero, vayamos al grano.

—Antes, que no se me olvide..., déjame decirte de parte de Ana que tenemos que echar un dominó en el Golde Lío. —Así había bautizado el sabueso al pub—. Que la casa invita al bebercio.

—Bueno, podemos quedar mañana. Y ahora pasemos a Mora, que...

El comisario volvió a interrumpirle:

—Vaya con el de los sermones, vaya firma resultó ser cuando por fin se destapó. Su historia se las trae..., es de toma pan y moja.

—Tipo curioso. Tiene un no sé qué que lo hace distinto.

—Ni distinto ni leches. ¿Sabes lo que te digo, Salinas? —Paseó los ojos huevones por el techo—. Que se lo ha buscado, y bien. El asunto es una venganza como una catedral, lo que yo te diga.

—¿Alguna prueba?

—¡Amos hombre!, que no estamos haciendo el canelo delante de un juez. —Se llevó el dedo al ojo—. Está más cantado que *La Revoltosa*. Me juego lo que quieras.

—No puedo cobrarle al mosén una buena minuta si no le presento pruebas. Con tu ojo clínico no basta.

—Bueno, bueno, habrá que mover el saco de las ratas... Hablaré con los Jeta Negra; lo que no sepan ellos...

Licinio Salinas llamó a su secretaria, y Marisa apareció en el sanctasanctórum del abogado casi de puntillas para no hacer ruido. La mujer llevaba gafas de cerquillo dorado, el cabello entrecano recogido en un moño.

Les trajo una cafetera recién hecha de puro Colombia, y con tono de chupacirios:

—¿Necesita algún expediente?

—El Mora. —Se llevó la mano a la cabeza como si se olvidase de algo—. Ah, por favor, mande al chaval por puros.

—Mucho está fumando últimamente, más vale que no se los traiga. La ocasión hace al ladrón, y si los pongo a mano, malo.

Para sí misma prosiguió: «Esa tosecilla seca que a veces le da no me gusta nada, pero que nada de nada. Encima lo del hígado, y se empeña en beber cosas fortísimas».

Salinas hizo como si no la oyera ni sospechase la derrota de sus pensamientos. Tan pronto como ella salió del gabinete, Rebollo se puso a liar con sigilo uno de sus cigarrillos de picadura. Tras lamerlo, lo prendió.

Cuando la secretaria regresó con el legajo de documentos, exclamó:

—¡Puf!, qué peste, tendré que echar acondicionador de ese de pino.

La primera hoja del mazo de papeles rezaba: Jesús Mora.

Rebollo, antes de tocarlo, se puso a hablar con aire de maestro de primeras letras:

—Salinas, debo advertirte. Ya sé que me dirás: soy abogado y no puedo elegir a mis clientes, pero te recuerdo que hace años llevaste casos de individuos que luego resultaron estar metidos hasta las orejas en mandangas muy

feas. Feísssimas. Andate ahora con pies de plomo, que no está el horno para bollos.

Lic escuchaba con cara larga y se rascaba el cuello, «qué pesadez el roce de la dichosa etiqueta enana de la talla del cuello. ¿Qué es más importante...?, ¿que las camisas no te muerdan de por vida o llevar encima el maldito numerito? Pasa igual con los precios de los champúes, que se ponen asquerosos en la ducha; se despegan, churretes... Qué epidemia de etiquetas».

En la mente del abogado bullían varias cosas a la vez; sus picores, las palabras del comisario y uno de los refranes de su padre, «lo bien ganado se pierde, y lo malo ello y su dueño, malodueño malohalo... pierdepierdepier...».

Por decir algo:

—¿Qué te preocupa, Rebollo?

—Que el tinglado del mosén nos estalle en los mismísimos morros.

Se abrió la puerta sin hacer ruido y apareció un chaval de cabello como ala de cuervo:

—Oí que se estaba quedando sin puros.

Dejó sobre la mesa unos cuantos habanos pequeños, en su punto de humedad, «son pocos y canijos, no pueden hacerle mucho daño». Marisa lo atacó:

—Chema, ¿has hecho ya los deberes de contabilidad?

—Casi.

Lic le guiñó el ojo y tomó el expediente. La primera página contenía un recorte de periódico con la foto de Jesús Mora.

—Rebollo; tienes que hablar con los extranjeros esos del control de drogas, que puedes cambiarles algún cromó.

—Le pasó el legajo—. El lío es de gran calibre.

El comisario lo hojeó:

—Heroína, mal asunto.

—Soy su abogado.

—Ni abogado ni leches.

—Las apariencias pueden...